

nocturna, o sobrecogido por la onda líquida, que deja estragos de aroma y muerte. Pero a pesar de mi mutismo, hago ejercicios de silencio que la desquician, es super consecuente, me tiene bien adicto a su ternura. La última que hizo fue convencer a papá para que cooperara con otros padres de familia en la compra de la edición de *Alarma* de esta semana a venderse en Monterrey; alguna raza fue a comprarla a Saltillo; habías de ver a la Sonia, destaca entre las demás, no le pide nada a Catherine Deneuve, pero en chava, salió buenísima, con un cojín tapándose la zona púbica y su expresión candorosa de yo no fui; a mí la pasta de azorro alelado, que no me abandona, me hizo salir muy coqueto en la condición de *streaker* cautivo subiendo a la granadera; y como eso fue hace dos semanas, como que se me hace difícil que papá tenga muchas ganas de venir a recogerme esta noche.

Mamá lo está trabajando para que el próximo semestre vuelva a la Autónoma, sería lindo verte de nuevo. Pero la neta, Marcia, francamente me da igual, si me regresan habría que hacerme de nuevos contactos, ¿todavía es la Plaza el lugar donde se conecta?

## *Estela furtiva*

quívoca señal conciliatoria. Llévase a casa sin poder creer que estás ahí, piensas que de seguro el cuerpo de- be tener algún radar interno que se conecta automáti- camente para kulinar, por instrumentos, a lugar salvo y seguro.

Ciertas la puerta cuidadosamente, intentando no tirar algún objeto a tu paso, atraviesas recibidor, pa- sillo, comedor, cocina y sales por la puerta del pa- sado para encerrarte en tu habitación, que le expropias a la sirvienta, enviándola al cuarto de la- var. Das una buena participación al presupuesto fami- liar.

A Rosaura Barahona A.

**T**ODAVIA hoy no logras recuperarte de su ausencia, no entiendes su silencio, empecina- damente te niegas a aceptar que, tal vez, no volverás a participar de esos instantes fuga- ces que en los últimos tiempos fundaron tu razón de vivir.

Estás allí, recargado en el árbol, tiritando por el temprano frío otoñal que se deja sentir esta madrug- ada, esperando a que el trío termine con el progra- ma de canciones convenido; y es que esta tarde, des- pués del futbol, la dejaste plantada; una vez que em- pezaste en el Estadio —la cantina más grande del mundo, como suele repetir Laura— no supiste resistir la invitación a seguirla con los muchachos. La aburri- da expectativa que te deparaba otra noche de sábado escuchando los mismos cassettes de siempre, sus charlas previsibles, tornó fácil la decisión de irte a un bar, para relajar un poco la ansiedad.

Un hombre, guitarra en mano, te pide el dinero de la serenata, pagas y te diriges al Volkswagen; hasta entonces te percatas que ni te enteraste si Laura en- cendió la luz de su recámara en el segundo piso, ine-

quívoca señal conciliatoria. Llegas a casa sin poder creer que estás ahí, piensas que de seguro el cuerpo debe tener algún radar interno que se conecta automáticamente para guiarte, por instrumentos, a lugar salvo y seguro.

Cierras la puerta cuidadosamente, intentando no tirar algún objeto a tu paso, atraviesas recibidor, pasillo, comedor, cocina, y sales por la puerta del patio de servicio para encerrarte en tu habitación, que le expropiaste a la sirvienta, enviándola al cuarto de lavar. Das una buena participación al presupuesto familiar y exiges privacidad, no resistes compartir una recámara con ningún hermano que te conmine a apagar la luz cuando te quedas picado con alguna novela hasta el amanecer, o a sentir aprensiones por el ruido de la televisión, cuando una película europea a las tres de la mañana te distrae del sueño que suele retirarse de tu cuerpo; o a tener que bajarle al estéreo, cuando una música de fondo te ayuda tanto a pensar, sobre todo después del accidente.

Justo ahora, recostado en la cama, sin fuerzas para quitarte la ropa, la extrañas; desvalido y fúnebre, observas como los objetos van cobrando su cotidiana dimensión a través de la claridad que apenas tenuemente se filtra por la ventana. Quebrantado, te ves en el camino de recorrer todos los sentimientos de culpa que te visitan los domingos por la mañana: tu falta de consistencia, los días estériles, tu vida prestada. El grito interior en que aflora esa antigua convicción de intuirte predestinado para figurar, para ser importante.

Y ahí, en la lista de los cargos de conciencia, primero el ¡chin! de la vieja desidia por volver a la

Facultad, el tal vez si hubiera seguido estudiando ya habría hecho carrera en el banco, tendría un sueldo superior que me permitiría ahorrar para poder salir de este agujero, alternar con gente interesante, de conversación inteligente, como la que conociste en aquel reventón amanecido en que se celebraba el triunfo electoral de la planilla que encabezaba Marcia en su escuela.

Un gesto de contrariedad te trae la certeza de que jamás harás nada para que la frustración se resuelva, porque estás convencido, finalmente, que tu hermana y sus amigos universitarios, con todos los libros leídos y sus recetas para arreglar el mundo, no son mejores en calidad humana que tus compañeros de trabajo, quienes también, en el momento necesario, te dejarían colgado de la brocha con la misma sangre fría; hoy, mejor que nunca, sabes que estás solo, de ahí la intimidación, el cálido terror que gota a gota te erosiona la incertidumbre de perderla para siempre.

Fue en el Café Lisboa, la tarde del viernes, la última vez que estuvo cerca, poco a poco percibiste en el ambiente un aroma de jazmines y bajo la mesa su presencia regalada en el roce rítmico y acompasado que cosquilleaba tu región púbica, caricia que te sorprendió agradablemente, ya que en compañía de Laura, lo usual era disfrutarla íntimamente por un leve frotamiento en los tobillos. Desde entonces, no sabes a qué atribuir su alejamiento y repasas la última visita: Laura, con tres *vampiros*, apretando fuertemente tu mano al escuchar, entre concentrada y distraída, las canciones que interpreta un émulo de José José; ajena, como siempre, a las veleidades de tu mundo interior, con la vanidad habitual y su aire indolente te encuentra orgulloso de su compañía, estima que las tres

horas pasadas en la sala de belleza, acicalándose para la cita, de algún modo no fueron en vano, lo dice el brillo de tu mirada, el gozo que transparentas, la placidez que te arrebató, casi agradecidamente, de ella.

Mientras tomas una agua mineral en la soledad del antecomedor, aún no se ha levantado nadie en la casa, continúas en la jornada del insomnio, revives, envuelto en una súbita nostalgia, las primeras experiencias de su aura circundante, su cercanía imprecisa.

Fue el día del accidente, durante el trayecto al hospital, en la ambulancia, ante la mirada indiferente del camillero, que no dejaba de masticar un chicle con particular fruición..., cuando de improviso sentiste el contacto cálido de unos dedos rozando tu mejilla, pensaste que se trataba de algún bicho no invitado y quisiste cambiar de posición pero una fuerza indefinida te lo impidió, percibiste la impresión inequívoca de un beso en tus párpados y un acogedor: —Descansa, todo está bien; en tus oídos. Tras la conmoción, tenías tal necesidad de ternura que, sin complicaciones, te entregaste a la calma sensual, no sin un cierto grado de intranquilidad: temías que abandonarte, podía implicar una ausencia definitiva; pero, ¿a qué volver !

Los días que se sucedieron forman una maraña de extrañas vivencias; ni siquiera viste el balón que se estrelló contra tu frente, y te asombró no estar en la cancha cuando despertaste en el hospital, registrando entre sueños la compañía de Laura, de tu mamá; los compañeros de la oficina, exageradamente solícitos, llevándote revistas. Inexplicablemente, intuías en ellos un transfondo de intriga. Los días en la clínica, hojeando el tedio te dan el giro del balance y vuelcas tu

inquietud, tu simpatía desbordada por la posibilidad de irte con ella. Sabes que lo que pasó en la ambulancia fue real, que de alguna manera, una relación se había establecido y que estarías expuesto a que esa presencia te abordara y asistiera en forma inescrutable. Y así la adivinabas: merodeando tus conversaciones, atestiguando tus movimientos, aconsejándote y hasta dirigiéndote. Era como un auxilio en los momentos desagradables o como un paliativo en las dichas ausentes.

Era tu sucedáneo ante la afectación de Laura y su moderada actuación de personaje de telenovela, a tono con las sonrisas beatíficamente hipócritas de los parientes y vecinos que le robaron tiempo al tiempo para estar un momento contigo, a quien orillan a hacer concesiones, a cumplir con los papeles indicados; para luego, al quedar solo reintegrarte a la medida original y censurar tus ensayos de adaptación, tu noviazgo con Laura, eternamente preocupada por los artificios de todo orden, tan atterradoramente distantes de la sinceridad, de la naturalidad: tan poco generosa cuando se te ocurre que podría ser una mujer capaz de escuchar, de convertirse en tu cómplice.

Recuerdas que ni siquiera pudo comprender tu angustia de hace dos meses, cuando cumpliste los treinta; y cada vez que había oportunidad, en el banco, corrías al baño a verte en el espejo, y te veías costal de fracasos con los ojos llenos de lágrimas: no fuiste el ingeniero que tus padres anhelaban, y esto para una familia regiomontana es para tenerlo muy presente, para revolverte la vergüenza con la eterna cantinela del dichoso título, como si el trabajo de empleado bancario constituyera el peor estigma del mundo bizarro. Los estudios frustrados eran la histo-

ria de la eterna extorsión, del patético: —sólo con tu título universitario en mis manos, sabiéndote protegido, podremos morir en paz.

Y te negaste a seguirles el juego, que no eres ninguna bestia, eso lo sabes mejor que tu padre, pero decididamente no sirves para alimentar sueños de futuros maravillosos. Crees, y en eso no negocias, que la vida es un simple archivo de proyectos y no estás dispuesto a embarcarte en quimeras consumistas, que tienen aniquilados a tus hermanos mayores y a tantos amigos casados, con la libertad vendida por una casa, que cuando terminen de pagarla va a hacer las veces de caja de muerto.

Tu hermana menor, a la sombra del sueño de tus padres y apoyada en tu silencio solidario, comprado con un rápido beso, se llena un vaso de nieve y vuelve radiante a su recámara, te reconforta su fácil capacidad para ser feliz y te sientes conmovido porque aún ahora, ya cumplidos los treinta, te sigue intrigando lo que te depara el vivir, lo que va a ser de ti en tu largo y comprometido empeño de no transgredir tus propias reglas, de no dar las nalgas a ese mundo, a esa vida oscura y atrofiante que amenaza a cada instante con tragarte.

Y te mantienes alerta a la señal, a su silencio compañero que te reintegra a esa conciliación, casi infantil, que te inmuniza a todos los temores. No te explicas el porqué de su abandono, la necesitas intensamente como en otros momentos límites del llanto, del desaliento solitario en que ella aparecía y su fragancia adolescente te incitaba a salirte a respirar, a olvidar de cuajo el temblor de la impotencia, a consentir la calma a que tú mismo, con tu falta de decisión te

has condenado; y era recuperar la paz perdida de los años niños, olvidarte del hastío oficinesco en el que hay que cuidar el tono de voz, la medida exacta de las palabras y diferir las gratas posturas naturales. Era sentir su apoyo refrescante ante tu negativa a ver los *jeans* en el closet como un tierno recuerdo; era encontrar por la calle, en los rostros de antiguos compañeros, la envidia mal disimulada ante tu estampa independiente, y era frente a Laura dejar volar las miradas infieles sin atreverse a más, porque ella estaba contigo.

Era el sedante instantáneo ante el beso parsimonioso y obligado de las tías y demás parentela vejatoria, con las que, tarde o temprano tenías que toparte y sufrir el consabido: —para cuándo la boda Luisito. Y era determinar el autoexilio en el excuarto del servicio doméstico y en su compañía rechazar todas las combinaciones de la falsa comedia.

Si estabas en el Banco, soportando a un cliente insufrible, bastaba con necesitarla y el teléfono del escritorio timbraba, sin un sonido en el auricular, dictándote las palabras oportunas para deshacerte del necio visitacionante. —Pero, qué barbaridad, de modo que ya tiene media hora en el aeropuerto y no ha llegado el chofer a recogerlo, debe haberle pasado algo; sí, cómo no, señor, salgo para allá en seguida.

—Me va a tener que disculpar, mi jefe...

Si estabas en el amor, ella te llevaba de la mano, sin altos y sin semáforos, al encuentro de zonas erógenas indescifrables, desde la ducha nocturna, que de hábito necesario de limpieza pasó a ser un rito premonitorio de goces sediciosos, primero bajo el efecto de su

afluencia en cada una de las gotas acariciantes de la regadera, para luego, lentamente, ir desvaneciéndote en la secuela de sus manos sedantes, recorriendo tu espalda, masajeando delicadamente tus hombros cerca de la nuca, dilatando en el espacio su volumen para esperarte, fragante enredadera, en tu cama, que a lo largo de tus noches copulares se tornaba territorio libre del mundo.

Ahora, desamparado, sumido en la desazón total, sin responder incomprensiblemente a las urgencias de tu mente, te mantienes acechando los momentos paréntesis del exterior. En las reuniones con los amigos, cuando ya habías ido a dejar a Laura y te mantenías fiel a tu caguama, aletargado en un sillón, mirando sin ver a las parejas que sin bailar, aún se mantenían fieles a la noble tradición del abrazo mediatizador. Para de improviso, invadido por la atmósfera sugerente de la música, crearte un vacío de sonido y hacerte sentir su aromada cercanía, los rumores pegados a tu cuello, unos labios rozando tus oídos; percibiendo su contorno en la fragilidad seminsomne del secreto, deserectándote, bajo el efecto de una calidez irresistible, sin dejar la menor huella en tu trusa. Como en aquel bar, donde anhelándola te quedaste dormido y abandonado por los amigos, y fuiste despertado por su aliento de postre de frutas en los párpados, y al salir, con la bruma amanecida, en un instante febril y alucinado, te fue dado conocer su imagen compañera envuelta en un aura resplandeciente, su estela furtiva.

Y fue durante el sueño cuando te fueron deparadas revelaciones de amor eterno, cuando se manifestó, en toda su belleza el encanto de vivir, descubriendo, entrelazado, universos sedosos y brillantes —bajo la

mirada interrogante de tu madre por el diario cambio de sábanas— instantes en que cobraba valor todo tu ser, que en la pesadilla rutinaria de la oficina llegaste a despreciar con singular vehemencia.

Hoy, cuando trágico y desvelado te diriges a casa de Laura, tras haberte colgado del teléfono, porque eres un caso irremediable, y la tienes harta y no quiere saber nada más de ti. En el estéreo del auto, interrumpiendo un mensaje comercial, una voz atormentada y vacilante: —Luis: en la Asamblea Plenipotenciaria del Sindicato de Quitadores de Vidas, hube de luchar denodadamente por tu caso, hasta que por una graciosa concesión del entonces Secretario General, quien es mi amigo, me permitieron que se retrasara el día de tu partida. Me conmovieron tus aprensiones el día que cumpliste los treinta años y tu voluntariosa lucha por no contaminarte de los intereses mundanos. Desde el día del accidente en que vine por ti, me quedé contigo, e intenté estar a tu lado el mayor tiempo posible, pero ha habido cambio de Comité Ejecutivo y no me cuento entre las protegidas del nuevo dirigente; he sido asignada al Departamento de Ancianos de Sesenta y Cuatro Años. En cuanto a ti, puedes dejar de preocuparte, tu expediente se ha trasapelado y no hay quién dé con él, como no tienes identidad en el archivo tu eternidad en la vida está asegurada. De ahí mi dolor. Morí un tiempo fascinante a tu lado.

Seducido, desnudo de muertes, atrozmente solo, lunático rabioso, sumido en la aflicción, has querido estragar la plena oscuridad y los mil y un intentos del final han fracasado.

La has invocado, has precisado su calor, sus caricias, has clamado por su piel; has necesitado

morder, sujetar, consumir, poseer, tocar la esencia de la sombra de tu muerte y finalmente has tenido que reducirte a vivir.

A la generación 54-56 Págs. 1  
y 2 de la L.A.V.L.

## Jugada clásica

LA NOCHE SE VA como despedida, no por der deteneria, estirarle un poquito. Ya va para las tres, de todas formas apenas es nueve, todavía no le llega el pánico aplorante, cuando se le aparece como corte publicitario un anuncio de un curso de la noche de la jugada clásica. El anuncio le pregunta la fecha que preparó con menor interés.

La tarea de intentar concentrarse en el Código rogatorio, finalmente, con la llegada del Maro a la oficina, de regreso, después de haber estado recogiendo apuntes por las Mitras en la diaria nocturna, le da lugar a una conversación con quienes el calor de la noche hizo dejar abiertas las cortinas sin mayores prevenciones. Sigue los ojos frías, lo observa como en el día del recibimiento unas risas irreflexivas, de corte insolente, tornada en ataques bruscos, cuya causa sólo él conoce pero que igual hacen el efecto de contagiosos a todos.

Con un rugiente estómago vacío, Roge se prepara a acompañarlos al menudo en el Mercado del Norte, haciendo a deber almuerzos que nunca puede pagar.